

les de la influencia del cristianismo en la civilización europea; hélo aquí: "El hombre, dotado de un vivo sentimiento de su dignidad, de un fondo abundante de actividad, de perseverancia, de energía y de un desarrollo simultáneo de todas sus facultades;—la mujer, elevada al rango de compañera del hombre, y recompensada, por decirlo así, del deber de la sumisión con las consideraciones respetuosas que se le prodigan;—la dulzura y la firmeza en los vínculos de familia protegidos por las poderosas garantías del buen orden y de la justicia;—una conciencia pública admirable, rica en máximas sublimes de moral, en reglas de justicia y de equidad, en sentimientos de honor y dignidad, conciencia que sobrevive al naufragio de la moral privada é impide que la desvergüenza de la corrupción llegue al grado en que se mostró en la antigüedad;—una cierta suavidad de costumbres en lo general, que en la guerra evita las grandes catástrofes y en la paz hace la vida mas apacible y amable;—un respeto profundo por el hombre y todo lo que le pertenece, que hace muy raras las violencias y sirve bajo cualesquier régimen político de un freno saludable para contener á los gobernantes;—un deseo ardiente de perfección en todos los ramos;—una tendencia irresistible, mal dirigida algunas veces, pero siempre viva por mejorar la condición de las clases numerosas;—un impulso secreto que manda proteger la debilidad y socorrer el infortunio, impulso que sigue á veces su curso con un ardor generoso, y que, cuando no encuentra medio de desarrollarse permanece en el corazón de la sociedad y produce en ella el malestar y la inquietud de un remordimiento;—un espíritu cosmopolita de universalidad, de propaganda;—un fondo inagotable de recursos para rejuvenecerse sin perecer y para salvarse en las mas grandes crisis;—una impaciencia generosa que quiere anticipar el porvenir, y de donde resultan una agitación y un movimiento incesantes, algunas veces peligrosos, pero que son constantemente el gérmen de grandes bienes y el síntoma de un poderoso principio de vida: tales

son los grandes caracteres que distinguen la civilización europea; tales son los rasgos que la colocan en un rango infinitamente superior al de todas las demas civilizaciones antiguas y modernas.

Sin embargo, es necesario reconocerlo: esta civilización está todavía lejos del tipo evangélico; pero si ya, por algunos de sus principales lineamientos, se distingue por una preeminencia marcada, ¿qué maravillas no será capaz de realizar cuando éntre resueltamente en la vía trazada por la cruz? ¡Dichosos los que saludaren la aurora de estos dias benditos! ¡dichosos los que vieren los nuevos cielos y la nueva tierra en donde debe habitar la justicia!

## CAPITULO XXXVI.

Como el espíritu filosofico ha destruido la sociedad moral pretendiendo reformarla.

¿Por qué el antiguo mundo fué precipitado en un abismo de males, y sobre todo, en una degradación moral espantosa? Porque el hombre, dócil á los consejos de Satanás, sustrayéndose á la autoridad de Dios para no depender ya sino de sí mismo, caminó al azar, como un astro errante, á través de las tenebrosas regiones del error y de la duda. Para evitar esta causa suprema de nuestras desgracias, instituyó Jesucristo su Iglesia, á fin de que, semejante á la columna de fuego del desierto, marche delante de nosotros, brillando de luz celestial para trazar y alumbrar nuestra ruta. Con todo, nuestra libertad no estaba empeñada y podíamos, á nuestro arbitrio, seguir el rayo luminoso, ó descarriarnos corriendo



en pos de falsos fulgores. Durante todo el curso de los siglos se vieron espíritus rebeldes que mejor querían vagar á la luz indecisa de esos fuegos inconstantes de la noche, que lanzarse atrevidamente en la carrera, bajo el esplendor fijo y radioso del Sol de la verdad. Pero ellos desaparecieron muy pronto con sus siniestros meteoros, perdidos en los inmensos espacios de la nada, y sin poder arrastrar á los pueblos en el movimiento desordenado de sus fatales revoluciones.

En el siglo diez y seis todo cambió de aspecto. Los pueblos, cansados al parecer de la pura luz del cielo, se dejaron fascinar de las impuras luces terrestres y las siguieron ciegamente. Entonces comenzó en Europa ese reinado funesto de los espíritus rebeldes y presuntuosos. Ellos inscribieron en su bandera y tuvieron por divisa: *Guerra á la Iglesia; libertad de la razon humana*. El antiguo principio de desobediencia á la autoridad y de independencia racional fué, á virtud de sus esfuerzos, inaugurado de nuevo en el mundo. Era fácil prever de antemano los funestos resultados de esta subversion. Encontrándose el hombre colocado poco mas ó menos en el mismo estado, que despues de la primitiva desobediencia, debia caer otra vez poco á poco en las mismas desgracias y miserias. La anarquía moral volvía otra vez á la tierra y con ella las tinieblas y los males del paganismo. Felizmente Jesucristo, fiel á sus promesas, ha mantenido en pié el edificio de su Iglesia y ha dejado á los hombres, á pesar de su ingratitude, un lugar de refugio seguro. Sin este bien inestimable, estaríamos de nuevo extraviados sin esperanza en las sendas de la perdicion.

Considerémos, en efecto, lo que pasa fuera de la Iglesia. ¿Existe aún la sociedad moral? ¿los seres libres encuentran un centro de unidad y una direccion cierta, ó mas bien, no están abandonados en el aislamiento, la division y entregados al soplo de sus caprichos racionales ó apasionados? Hemos ya reconocido, y ninguno podrá dejar de admitir, que toda sociedad supone la existencia de tres poderes; legislativo, in-

terpretativo y ejecutivo; pues bien, el espíritu filosófico los ha destruido completamente. Que se busque donde quiera entre los herejes y se verá que no se encuentran en ninguna parte. Por única base de la sociedad de las almas han puesto un libro cuyas páginas se han creído con el derecho de arrancar como mejor les parece, y de interpretar las palabras conforme les sugiere su fantasía. ¡Contradiccion estraña por cierto! Ellos han rehusado á la Iglesia el poder de interpretacion y se lo han concedido individualmente á cualquier hombre. Pero este hombre es infalible ó no: si lo es ¿por qué no ha de serlo la Iglesia? y si no es infalible ¿por qué condenarle á caer necesariamente en el error? ¿De qué le habrá servido el Evangelio de Jesucristo si no preserva su inteligencia de la ignorancia y de la mentira; si esta letra muerta no infunde vida en su corazon? ¿Creeria un pueblo haber hecho bastante para constituirse en sociedad civil poniendo en cada uno de los individuos que le componen un código de leyes, y dejándoles en plena libertad de determinar ellos mismos su línea de conducta? ¿Qué vendria á ser la Francia, si por todo vínculo de unidad no poseyese sino su código civil, sin magistrados para interpretarlo, sin agentes para hacerlo ejecutar, y entregándolo á la arbitrariedad de la inteligencia ó al capricho de la voluntad individual? Evidentemente, ni la Francia, ni ninguna otra nacion constituida de este modo, viviria un solo dia sin caer en la mas espantosa anarquía. ¿No comprenderán alguna vez los herejes que se les ha colocado en una situacion semejante, y que la anarquía moral es necesariamente el último término que han de tener sus principios? Cuando, para seducirlos se ha proclamado con énfasis la independencia de la razon se les ha engañado cruelmente. La razon, en efecto, no puede ser nunca independiente: sobre ella dominará siempre la verdad como soberana. ¿Puede el hombre, por ejemplo, ser libre para creer que el número 2 multiplicado por el mismo produce el número 5? ¿Puede ser permitido á la razon el sublevarse contra una ver-



dad, cualquiera que sea? En el conflicto entre la Iglesia y el espíritu filosófico, se trataba evidentemente menos que proclamar la independencia de la razón, el saber si la autoridad de la Iglesia era un verdadero dogma, al cual debía someterse aquella. Suponiendo (lo que para nosotros está fuera de duda) que este dogma es la expresión pura de la realidad, entonces la razón al rechazarlo, lejos de haber dado una prueba de independencia, no la ha dado sino del más triste servilismo, el servilismo del error. No basta indudablemente el haber proclamado la independencia de la razón para que la razón sea independiente; porque las pasiones, las dificultades y los misterios la circundan por todas partes, y en tanto que los que la proclaman independiente no la hayan desembarazado de este funesto cortejo, no nos podrán decir que la han libertado, pues que por el contrario, no habrán hecho más que entregarla sola, sin apoyo y sin defensa á todos los lazos de la ignorancia y del vicio. Cuando Lutero pretendía que *la eterna voluntad es la que hace todas las cosas, y que esto basta para destruir y aniquilar el libre albedrío*; cuando Calvino afirmaba que *el hombre comete el crimen porque Dios lo dispone así*; y cuando Melancthon añadía que *no solamente Dios permite el mal sino que lo hace, de tal suerte, que la traición de Júdas es tan obra suya como la conversión de San Pablo*, ¿creeis que estos heresiarcas probaban una gran independencia de razón y hacían un servicio eminente á la humanidad? <sup>1</sup>

Verificado el exámen teórico, pasemos al exámen práctico del principio de la herejía, y veamos, por sus obras, si no es un principio de anarquía más bien que de independencia. ¿Qué significan todos esos nombres diversos de Luteranos, Calvinistas, Sacramentarios, Anabaptistas, Quáqueros, Episcopales, Puritanos, Metodistas y los otros mil análogos que podrían añadirse? Que el protestantismo no tiene ningún centro de unidad; que deja á los espíritus flotar al soplo de todas

<sup>1</sup> Lut., *de Servil. arbit.*, tom. III, pág. 170.—Calv. *Instit.*, lib. IV, cap. 18.—Melanch., *Loc. theol.*, pág. 173.

las opiniones, y que se encuentra impotente para fundar una sociedad moral. Abandonando la Biblia á merced de todas las inteligencias, ya sean elevadas ó humildes, rudas ó ilustradas, reduce este libro divino al papel ignominioso de la alfagia de la fábula; ha sometido la palabra de Dios á las concepciones y á la aprobación de los hombres; le ha quitado toda virtud legislativa, toda autoridad superior sobre las conciencias para convertirlo aún en instrumento de las más monstruosas pasiones. Los mismos protestantes de buena fé no han podido menos de convenir en esto. "El juicio privado de Muncer, dice O'Callaghan, descubrió en la Escritura que los títulos de nobleza y las grandes propiedades son una usurpación impía, contraria á la igualdad natural de los fieles, é invitó á sus sectarios á examinar el punto; estos convinieron, por supuesto, en lo que decía su jefe, y dando gracias á Dios procedieron en seguida, por medio del fuego y del hierro á la esterpección de los impíos, apoderándose de sus bienes. El juicio privado creyó haber también descubierto en la Biblia que las leyes establecidas era una restricción permanente de la libertad cristiana, y he ahí á Juan de Leyde que, arrojando sus herramientas, se pone á la cabeza de una población fanática, sorprende la ciudad de Munster, se proclama él mismo rey de Sion y toma catorce mujeres á la vez, asegurando que la poligamia es una de las libertades cristianas y el privilegio de los santos. En Inglaterra, durante una gran parte del siglo diez y siete, una multitud de fanáticos se levantaron, simultánea ó sucesivamente, ebrios de doctrinas extravagantes ó de pasiones nocivas, desde el feroz delirio de Fox hasta la locura metódica de Barclay, y desde el formidable fanatismo de Cromwell hasta la necia impiedad de Praise-God Barebones. Todos citaban la Escritura y todos pretendían haber tenido éxtasis, visiones é inspiraciones. Se sostenía con mucho rigor que era conveniente abolir el sacerdocio y la dignidad real, porque los sacerdotes eran los servidores de Satanás, y los reyes los delegados de la prosti-



tuta de Babilonia, y que la existencia de unos y de otros era incompatible con la doctrina del Redentor. Estos fanáticos condenaban la ciencia como una invencion pagana, y las universidades como seminarios de la impiedad anticristiana. Ni el obispo estaba protegido por la santidad de sus funciones, ni el rey por la majestad del trono: objetos uno y otro de desprecio y de odio, eran implacablemente decapitados por estos fanáticos. Las mayores atrocidades se justificaban con los textos sagrados: se tramaban conspiraciones, traiciones, proscripciones, asesinatos, todo no solo justificado sino aun autorizado con las citas de la Santa Escritura."

Tenemos, pues, razon para afirmar que el espíritu filosófico ha destruido la sociedad moral. ¿Dónde encontraremos ahora una idea moral, segura, capaz de reunir las inteligencias, de cautivar los corazones y de someter las voluntades? Cuando no hay regla en los pensamientos no la hay tampoco en las acciones. El hombre, entregado á sí mismo, marcha á la aventura, triste juguete de las ilusiones de su razon y de los impulsos de sus pasiones. ¿Quién podrá justamente llamarle á su camino, puesto que es libre para no escuchar sino las inspiraciones de su propio sentido, y puesto que tiene el derecho de rechazar como tiránica aun la autoridad de un consejo benévolo?

Colocado sobre esa pendiente resbaladiza, el protestantismo la descendió rápidamente. Ningun dogma, ninguna institucion respetó de la antigua Iglesia. Procediendo de pasiones y abandonado á las pasiones, del cristianismo no conservó sino lo que podia lisonjearlas, ó por lo menos separó de él todo lo que las sujetaba y las refrenaba mas especialmente. Suprimiendo casi todos los sacramentos, ha cegado el manantial de las gracias divinas; ha quitado á las almas el principio de su santificacion y de su fuerza; ha hecho así desaparecer de la tierra esa raza sublime de héroes de la perfeccion cristiana que el cielo podia envidiarnos; y él se ha encontrado impotente para formar á los hombres en este grado de virtud

que los hace santos. En el protestantismo no se ven esos prodigios de abnegacion y de sacrificio, de que el catolicismo recoge tanta gloria para bien de la humanidad. Los ministros de su culto han hallado que era irracional privarse de los gozes de familia para entregarse sin reserva al cuidado de sus feligreses, y se han condenado voluntariamente á no ser otra cosa, como lo ha dicho tan propiamente el conde de Maistre, que hombres vestidos de negro que suben al púlpito todos los domingos para hablar de cosas razonables. El protestantismo ha cerrado los monasterios: sus jóvenes no han sentido la necesidad de consagrar todo su sér al servicio de Dios y de sus semejantes; sus vírgenes no han deseado enlazarse al Esposo divino; ninguna ha abandonado los placeres del mundo retirándose al asilo silencioso de los claustros para entregarse á la oracion, para cuidar de la orfandad y dedicarse á la enseñanza de la niñez desvalida; ninguna ha venido á ofrecerse en el triste recinto de los hospitales para curar las llagas asquerosas, para velar á la cabecera de los enfermos y de los moribundos.

Pero el monstruo de la lubricidad toca la puerta y quiere tambien tomar parte en la reforma filosófica. Desde luego la santidad del matrimonio es inmolada á los deseos de la concupiscencia; y queda reducido á las proporciones de un contrato civil el acto mas solemne de la vida social, ese acto que Jesucristo, en su divina sabiduría, habia colocado bajo la salvaguardia del sello sacramental. Todavía no era esto bastante; se necesitaban otros holocaustos. Lutero consulta, pues, á la Escritura, y como en ella encuentra que el ejemplo de los patriarcas autoriza la *poligamia*, de acuerdo con los doctores, sus discípulos, permite al landgrave de Hesse-Cassel que tenga dos mujeres. "¡Desgraciada Europa!" esclama el ilustre Balmes, con motivo de esta decision; "si las costumbres no hubiesen estado formadas en esta época, si la buena organizacion dada á la familia por el catolicismo no hubiese echado raices demasiado profundas para que pudiesen ser arrancadas